



# TERROR EN EL IV PLANETA

CLARK CARRADOS

Inmediatamente, como apartadas por una mano gigantesca, las nubes de arena retrocedieron. Primeramente se apartaron en un centenar de metros como si hubieran sido barridas por un huracán en sentido opuesto al que soplaban. Luego, pareciendo calmado éste, la masa de arena cayó a plomo al suelo, aquietándose instantáneamente. Y poco a poco, los disipadores electrónicos de tormentas de arena, fueron reduciendo la que había comenzado a soplar contra la Primera Colonia Terrestre en Marte, calmándola en un radio de varios centenares de kilómetros, dejando que el faro continuase iluminando la superficie de aquel trozo de tierra marciana, de la cual el hombre pretendía hacer una prolongación de su propio Planeta, que se le estaba quedando pequeño.

Calmada la tempestad de arena, el observador volvió a absorberse en su trabajo, comprobando indicadores, mirando esferas, moviendo palancas, oprimiendo botones y revisando de vez en cuando los trazos grabados automáticamente en el cilindro de papel de los aparatos de registro. Pero súbitamente se sobresaltó evidentemente, mirando aterrizado a su alrededor...

## CAPÍTULO PRIMERO

La torre era altísima: más de ciento veinticinco metros. Sobresalía por encima del numeroso grupo de construcciones que se hallaban en uno de los extremos de la Gran Syrte, en el punto en que se cruzaban el meridiano 10° N... y paralelo 310° E. La torre era cilíndrica, de unos ocho o diez metros de diámetro, semejando un larguísimo tubo apuntado al cielo, pero rematado en una protuberancia ensanchada, de la que salían, alternativamente, destellos rojos, amarillos y verdes, de no mucha potencia, pero sí lo suficiente para que a simple vista se divisaran a unos cincuenta kilómetros de distancia.

En lo alto de la torre, realizando una serie de operaciones con los numerosos aparatos de medición y control allí instalados en un amplísimo tablero que mediría más de veinte metros de longitud, estaba un hombre. Un hombre que de vez en cuando se detenía en su labor y parecía aguzar el oído, secándose con frecuencia el frío sudor que le corría por la frente con la manga de su traje, olvidándose de que era un traje de tejido especial que no absorbía la humedad. Luego, convencido de que estaba solo allá arriba, tras echar una furtiva mirada a la puerta del ascensor, cerrada herméticamente, tranquilizado, volvía a su trabajo.

Esto duraba unos minutos, hasta que, inconscientemente, el temeroso ser que se hallaba arriba, volvía a repetir la misma operación, sin conseguir averiguar nada, ni oír otra cosa que no fuera el suave zumbido de la maquinaria que proveía de energía eléctrica a la torre.

La habitación era circular, espaciosa, de cúpula semiesférica, y en la parte superior se hallaba instalado el faro, saliendo al exterior, girando monótonamente, destellando sucesivamente: rojo, amarillo, verde...

Un suave siseo hizo levantar al hombre la cabeza y durante unos momentos pudo ver nubes de arena arremolinándose contra toda la mampara transparente de la cúpula, llegando a ocultar la visión del panorama exterior, alumbrado por el faro giratorio. Se levantó del taburete en que estaba sentado y fue unos pasos más allá, moviendo una serie de pequeñas palancas, contemplando satisfecho la media docena de lamparitas blancas que se encendieron a continuación, indicando que los aparatos manejados habían funcionado a la perfección.

En el exterior, alcanzando longitudes de veinte metros, aparecieron media docena de pares de largas varillas, imperceptiblemente balanceadas por el violentísimo huracán que levantaba las nubes de finísima arena, rebasando ampliamente la altura de la torre-faro, envolviéndola totalmente en sus torbellinos.

Las varillas llevaban una esfera en sus extremos, de medio metro de tamaño, que soltaron unos cuantos chispazos anaranjados, que se fueron reduciendo poco a poco hasta no ser más que unos pequeñísimos puntos luminosos que bailaban constantemente sobre la superficie de los metálicos globos, a los que hacían brillar con extrañas fosforescencias.

Inmediatamente, como apartadas por una mano gigantesca, las nubes de arena retrocedieron. Primeramente se apartaron en un centenar de metros como si hubieran sido barridas por un huracán en sentido opuesto al que soplabá. Luego, pareciendo calmado éste, la masa de arena cayó a plomo al suelo, aquietándose instantáneamente. Y poco a poco, los disipadores electrónicos de tormentas de arena, fueron reduciendo la que había comenzado a soplar contra la Primera Colonia Terrestre en Marte, calmándola en un ra-

dio de varios centenares de kilómetros, dejando que el faro continuase iluminando la superficie de aquel trozo de tierra marciana, de la cual el hombre pretendía hacer una prolongación de su propio Planeta, que se le estaba quedando pequeño.

Calmada la tempestad de arena, el observador volvió a absorberse en su trabajo, comprobando indicadores, mirando esferas, moviendo palancas, oprimiendo botones y revisando de vez en cuando los trazos grabados automáticamente en el cilindro de papel de los aparatos de registro. Pero súbitamente se sobresaltó evidentemente, mirando aterrorizado a su alrededor.

Un zumbido había sonado intempestivamente y el hombre, invadido por el pánico, se rió de sí mismo y de sus temores al comprobar que había sido el intercomunicador llamando lo que había producido el ruido que lo había asustado tanto. Yendo hacia allí, movió el botón de contacto y en la circular pantalla, de unos treinta centímetros de diámetro, apareció un rostro sonriente, que habló:

—¿Cómo va eso, Globbs?

—Perfectamente, Tillings. Todo está en orden —replicó el llamado Globbs, en cuyo rostro se observó una visible reacción de alivio.

—Muy bien. Ahora mismo subo.

Se esfumó la imagen de Tillings en la pantalla televisora al cerrar el contacto su interlocutor, y éste echó una última mirada a los aparatos, antes de abandonar el servicio. Luego, encendiendo un cigarrillo con todavía temblorosas manos, aguardó con la vista fija en la puerta del ascensor.

El zumbido de éste, subiendo, flotó un segundo en un suave «*in crescendo*» sobre el de la dinamo atómica que procuraba energía eléctrica a toda la base. Luego, aquel sonido se disipó bruscamente y la puerta se abrió, dando paso a un hombre de rostro jovial que avanzó a grandes zancadas, en tanto el ascensor se cerraba automáticamente, al no tener ningún ocupante en su interior.

—¡Hola, Globbs! —Saludó el recién llegado—: ¿Todo bien?

—Sí. No tienes más que estar al tanto sobre los controles. Los disipadores de tormentas arenosas están fuera. Puedes tenerlos un momento más en funcionamiento y luego dejarlos tal como quedan, pero desconectados. El interruptor automático funcionará al primer grano de arena que reciba y volverán a trabajar al instante.

—Está bien —repuso Tillings—. ¿Nada más?

—No —y el otro pareció meditar, concluyendo definitivamente—: No, eso es todo. Hasta luego.

Globbs se fue hacia la puerta del ascensor, que abrió pulsando el mando correspondiente. Suspiró aliviado al meterse en la caja y sonrió, agitando la mano derecha a Tillings, que le correspondió idénticamente, volviéndose éste sobre el larguísimo tablero de control.

Pero apenas había ocurrido esto, cuando, súbitamente, con un crujido siniestro, cedió el ascensor. Y un alarido sobrehumano, hendió el aire.

Tillings se volvió rapidísimamente y vio el negro hueco del ascensor, en tanto llegaba a sus oídos el ruido de éste al desplomarse, hasta ciento veinticinco metros más abajo, con la velocidad de una piedra en el vacío. Y luego sus ojos se fijaron en un par de manos que se asían desesperadamente al borde liso del metal del suelo.

¡Un par de manos, las de Globbs, que, a modo de unas humanas ventosas, pero sin la potencia de éstas, trataban de asirse al resbaladizo pavimento, sin ningún éxito, ya que, milímetro a milímetro, iban perdiendo ventaja! ¡Ya la muerte más espantosa acechaba allá abajo, a más de cien metros de profundidad!

Una voz salió del tubo del ascensor clamando angustiada, frenéticamente:

—¡Tillings, Tillings! ¡Por el amor de Dios...!

Reaccionó éste, como si los gritos de su compañero le hubieran sacado de la estupefacción en que había caído y

corrió hacia la puerta, arrodillándose y tomando las muñecas de Globbs.

—¡Ánimo! ¡Ya está salvado, Globbs! ¡Así...! —Exclamó Tillings, esforzándose por sacar al desdichado de aquel atolladero—: ¡Un poco más! ¡Eso es, muy bien! ¡Ahora la rodilla derecha...! Póngala sobre el suelo... ¡Bueno, ya está...! —Fijó finalmente Tillings, dejándose caer exhausto más por la emoción que por el esfuerzo en sí, al lado de su compañero que jadeaba penosamente, brillando su rostro, lívido por el terror que había sentido durante aquellos minutos mortales, con el sudor que le había corrido abundantemente por la frente y las mejillas.

Después, el primero se sentó en el suelo, sonriendo a Globbs que ya comenzaba a respirar normalmente y que imitó a Tillings. Éste preguntó:

—¿Qué le ha pasado? ¡Santo Dios! Ha sido usted oportunísimo. Si no se agarra con las manos, a estas horas ya no lo cuenta.

El otro inspiró profundamente antes de hablar:

—Algo falló. Estoy seguro de que el aire comprimido fue vaciado súbitamente y el ascensor cayó a plomo.

—¿Qué dice usted, Globbs? ¿Qué...? ¿Quiere decir que esto ha sido premeditado? —exclamó Tillings, con los ojos desorbitados por la incredulidad.

—Sí —le respondió el interpelado y deletreó la palabra —: Premeditado. ¿Lo oye usted, Tillings?

—Desde luego, doctor. Pero —movió la cabeza el otro, *dubitando* todavía—: no lo puedo creer. Sería... ¡Oh! ¡Imposible! ¡Un asesinato!

—Usted lo ha dicho —contestó amargamente Globbs —: El primer asesinato en la Primera Colonia Sideral Terrestre. ¡El mío!

—No lo puedo creer —murmuró el otro pensativamente —: Dejar el aire comprimido del ascensor que se escapara súbitamente, en lugar de hacerlo a la velocidad conveniente... ¡Criminal! ¡Realmente criminal! ¿Cómo se las va a arre-

glar usted para bajar ahora, doctor? —preguntó repentinamente Tillings.

—Comunicaremos a la Base lo sucedido. Enviarán un reactohelicóptero que se colocará al par de la cúpula y así resolveremos el problema en tanto se repara lo de la conducción del aire comprimido —dijo Globbs, levantándose y yendo hacia el intercomunicador, seguido por Tillings, que volvía a hablar.

—¿Por qué cree usted que se trata de un asesinato, doctor? —preguntó.

Contestó éste, sin volver la espalda:

—Tengo mis razones para ello, Tillings. Sé quién desea mi muerte y los motivos por los que no le interesa que yo siga viviendo. Pero trataré de buscarle y...

—¿No sería mejor que comunicara usted sus sospechas al general Vauxhall, jefe de la Base?

—No —replicó decididamente Globbs—; no, hasta que no tenga la certeza de mis sospechas. Entonces, yo mismo presentaré al culpable, acusándolo de intento de asesinato, de tal forma que no pueda evadir el castigo y lo enviaremos a la Tierra en la primera espacionave de suministros que venga, en su viaje de regreso. Allí será juzgado debidamente, por Tribunales en forma.

—Olvida usted que el general Vauxhall tiene plenos poderes para eso. Incluso si llegase el caso, hacer ejecutar una sentencia de muerte.

—No —replicó ceñudo Globbs, moviendo el conmutador del intercomunicador—: Vauxhall es demasiado buen amigo mío, para que yo le meta en un compromiso de esta índole.

—Pero... —quiso objetar Tillings, mas ya el doctor estaba hablando frente a la pantalla del televisor y explicando, como un imprevisto accidente, lo que había sido una tentativa de homicidio.

\* \* \*

La superficie de Marte era lisa. No absolutamente en el estricto sentido de la palabra, sino con leves accidentes de su corteza sólida. Colinas de suaves ondulaciones, en general, que apenas sobrepasaban los trescientos metros, sin cortes abruptos en la inmensa mayoría de ellas, redondeadas por la incesante erosión eólica, que arrastraba nubes arenosas contra ellas.

Una figura se movía en aquel pelado paisaje, en el que apenas se veían unas plantas raquílicas, cuyas ramas se extendían en todas direcciones, como si quisieran aspirar el oxígeno de la atmósfera, escasísimo en comparación con el de la tierra. La figura no era otro que el doctor Globbs, el que llevaba un traje de presión, estanco, provisto de la correspondiente esfera de plástico transparente, que le servía para tener una perfecta visibilidad en todos sentidos y de cuya parte posterior, algo ladeada, sobresalía la antena del transmisor individual.

El doctor caminaba inclinándose de tanto en tanto. Golpeaba en el suelo con un martillito, arrancando pequeños fragmentos de roca y echándolos en una bolsa que llevaba pendiente del hombro izquierdo.

El doctor Globbs estaba al pie de un pequeño acantilado de unos treinta metros de altura, completamente vertical y bastante alisado por el continuo roce de las minúsculas partículas arenosas, bien que no se hubiera redondeado como en la parte contraria, opuesta a los vientos dominantes. Y súbitamente, un extraño ruido le hizo alzar la cabeza.

En la atmósfera terrestre, aquel ruido hubiera sido muchísimo más intenso. Pero en el escaso aire de Marte, los sonidos se propagaban difícilmente y resultaban más tenues. No obstante, fue lo suficientemente intenso para que el doctor, que por un momento se había visto atraído y sumergido en la búsqueda de minerales, se diera cuenta y echase a correr.

Saltó a un lado oportunamente, porque un pesado pedrusco, impresionante por su tamaño, rebotó sobre las paredes del farallón, cayendo en el preciso lugar que Globbs acababa de dejar. Aquella enorme masa de roca lo hubiera aplastado instantáneamente, y aunque en relación con su gran volumen, no pesara mucho, solamente unos doscientos kilos, en comparación con los casi tres cuartos de tonelada que pesaría en la Tierra, hubiera sido lo suficiente para acabar con la vida del amenazado Globbs, cuyo salto lo llevó seis o siete metros más allá, a consecuencia de la escasez de la fuerza gravitatoria.

La roca cayó con atronador estruendo, ocultándose unos momentos tras una espesa nube de polvo, en tanto que Globbs, atemorizado, echaba frecuentes miradas a lo alto y luego saltaba de nuevo al percibir el impacto de una bala que echó un chorrito de arena a sus pies.

El estampido de la detonación del rifle llegó hasta sus oídos en forma atenuada, pero el infortunado Globbs no se entretuvo a mirar más: echó a correr a grandes saltos que en ocasiones alcanzaban los diez metros de longitud, arrojándose al fondo del inmenso canal, seco, polvoriento, corriendo desesperadamente hacia el otro lado, tras el cual, y con la línea de colinas como meta, pretendía ganar un seguro refugio contra el misterioso tirador que, sin temor alguno a que sus disparos fueran escuchados, continuaba haciendo fuego contra el aterrado Globbs.

Rodó éste en una cárcava arenosa, abierta por la erosión eólica, y quedándose en una postura tal que pudiera vigilar a su enemigo, manipuló con frenéticas y temblorosas manos en su transmisor individual. Pero ante su asombro y consiguiente aumento del pánico que sentía, no vio encenderse la lamparita roja que indicaba que alguien estaba a la escucha.

Volvió a manejar el conmutador en tanto gritaba furiosamente, como si se empeñara en que sus voces llegaran a la base. Y cuando al fin vio que todos sus esfuerzos eran inúti-

les, miró por todos sitios hasta quedarse sin aliento al ver que, en la lejanía un hombre, avanzaba tranquilamente hacia él, como si estuviera seguro de que la presa que era el doctor Globbs, no se iba a escapar.

Tanteóse éste la escafandra transparente y comprendió la inutilidad de comunicar por radio con la Base: ¡La antena individual se le había destrozado al caer en la zanja! Instintivamente hizo un gesto perfectamente inútil: quiso secarse el abundante sudor que le corría por la frente con el dorso de la manga, pero se dio cuenta de que algo se lo impedía. La estera transparente. Y perdiendo de nuevo el control de sus nervios se levantó aterrorizado y echó a correr.

No dio muchos pasos, sin embargo. Brilló una lucecita, sonó una detonación débil y el doctor Globbs cayó al suelo, con un muslo atravesado por una bala.

Quiso incorporarse, pero no pudo. Se dejó caer al suelo, arañándolo y gimiendo, en inútil empeño, moviéndose un poco en ocasiones, mientras que la arena rojiza del planeta se coloreaba aún más con la sangre del doctor que brotaba del muslo atravesado por la bala de un asesino.

Se incorporó éste y vio que su enemigo se le acercaba pausadamente, sin prisa alguna, saboreando de antemano su victoria. Globbs, desesperado, queriendo hacer algo por la vida que se le iba escapando, tomó el morral en que había echado las muestras mineralógicas y le arrojó alguno de los pedruscos, que el otro esquivó fácilmente, en tanto que, a través del transparente de la escafandra se le veía la risa sardónica con la que ya celebraba su mortífero triunfo.

Globbs se resignó con lo inevitable. Se dejó caer exhausto, con la cara brillante por el sudor, mirando con los ojos abiertos por el espanto a su enemigo, cuyo rostro iba aumentando de tamaño a medida que la distancia entre los dos iba disminuyendo. Y al fin, el criminal, el primer criminal en la Historia de la Colonización de Marte, llegó junto a su víctima.

Empuñó el fusil, pero no por la culata, como hubiera sido lo lógico, sino por el cañón. Lo alzó en el aire y sin que el espantadísimo profesor pudiera evitarlo, a pesar de sus frenéticos esfuerzos, la pesada culata se abatió sobre la esfera transparente.

No la rompió en mil pedazos. Sólo fue una grieta, Una pequeñísima grieta la que se abrió en el duro plástico que, no obstante, no había podido resistir el formidable golpazo y el aire del interior comenzó a escaparse rapidísimamente, a pesar de todo lo que hizo Globbs por continuar soltando oxígeno para sobrevivir, incapaz de moverse por sí mismo y huir de la segura y horrorosa muerte que lo aguardaba.

El asesino esperó tranquilamente a que Globbs se estuviera quieto. Luego, sin el menor esfuerzo, se lo cargó a los hombros, no olvidándose ningún detalle, recogiendo al paso los trozos de mineral que el muerto le había arrojado y echándolos en la bolsa que se balanceaba rítmicamente, al compás de los pasos del criminal.

No tardó mucho en llegar al pie del acantilado donde efectuara la anterior intentona contra el profesor, intentona que había fallado. Arrojó el cadáver al lado de la roca caída de las alturas, sin preocuparse mucho de la postura y luego dejó un gran fragmento de roca al lado del muerto, en la parte de la cabeza. Así pensarían, cuando descubrieran el cadáver, que había sido un accidente y la víctima el reputado doctor en Ciencias, Jerome S. Globbs, el hombre del cual se decía que «olía» los minerales, por decirlo así, aunque éstos se hallaran a diez mil metros bajo la superficie.

Después, el asesino sonrió, satisfecho de su obra. Había conseguido lo que quería y comenzó la marcha de regreso a la Base. En la lejanía, hacia el Sur, comenzó a levantarse una nube rojiza amarillenta: arena.

«Mejor que mejor —pensó—. Cuando hallaran al profesor, después de descubrir que había desaparecido y organizar la consiguiente exploración de búsqueda, no hallarían ninguna huella de pasos en la capa de arena. Todo esto, en

el supuesto de que la misma no cubriera para siempre el cadáver, encerrando así en un misterio impenetrable, como en un enigma indescifrable, la desaparición de uno de los científicos terrícolas más famosos de todos los tiempos».

El asesino sonrió nuevamente ante su obra. Luego, volviendo la espalda al inanimado cadáver, echó a andar. El primer remolino de arena lo envolvió y puso en marcha el disipador individual de tempestades que le aclararía el camino en un radio de unos veinte metros, como si estuviera situado debajo de una campana de cristal que se trasladara al mismo ritmo<sup>1</sup> de su andar. Comprobó su rumbo por la brújula de pulsera, se desvió un poco de su dirección y poco a poco se fue esfumando entre las ráfagas polvorientas, hasta perderse totalmente de vista.

Detrás de él quedaba un cadáver: el del primer asesinado en un planeta cuya colonización apenas acababa de empezar. Y la colonización ya tenía sus primeras manchas de sangre.

## CAPÍTULO II

Cualquiera que hubiera visto por primera vez a Alvin T. Keats, hubiera pensado en él como el prototipo del universitario estudioso, que se pasa la vida huroneando entre libros, desdeñando a la masa de sus compañeros de Colegio, dedicada más a los deportes que a las Ciencias en general. Alto, de pelo constantemente en lucha con el peine, lucha perdida casi siempre por éste, sin preocuparse mucho por la rectitud de su columna vertebral, como tampoco por la pulcritud ni corrección de sus ropas, cualquier profesional del músculo se hubiera sentido terriblemente insultado si le hubieran propuesto un minuto de entrenamiento con Alvin.

Pero si este profesional del músculo, pensando a lo mejor lucirse delante de un grupo de amigotes, hubiera querido meterse con él, se hubiera llevado el mayor chasco de su vida. Porque todo en Alvin T. Keats engañaba: desde su mirada, continua, irónicamente perezosa, hasta su actitud de dejadez, encubrían un cerebro frío, hábilmente pensador, capaz de calcular rapidísimamente todas las probabilidades de una situación apurada y con muchísima más lucidez que su antagonista, y al mismo tiempo darle al otro una soberana paliza que lo dejaba viendo visiones, tratando de averiguar inútilmente dónde estaban aquellos haces de carne musculada que movían tan felina y hercúleamente aquel cuerpo que daba la sensación de que iba a partirse a trozos cuanto menos se esperara.

Keats salió de su ascensor y se encaminó a su pequeño apartamento. Éste se hallaba en el piso 117 del rascacielos B. L. 44, situado en la Calle 15, que antaño fuera la célebre

41 de Nueva York y que, ahora, tras el bombardeo de la Tercera Guerra Mundial, o I Atómica, que de ambas formas era llamada, después de ser reducida la supergigante ciudad a escombros, había renacido, como el Ave Fénix, de aquellas ingentes montañas de cascotes, en muy escasos años, construyéndose otra ciudad muchísimo mayor, de calles tres veces más amplias, con varias calzadas para toda clase de circulación.

En la vía inferior circulaban los ferrocarriles monorraíl, movidos por propulsión atómica y que podían alcanzar velocidades del orden de los cuatrocientos kilómetros por hora, si eran de larga distancia, además de caminar por ella el transporte pesado. La segunda vía, encima de la anterior, estaba destinada a los automóviles, que rebasaban con frecuencia los trescientos kilómetros a la hora, y la tercera, ya sin otra encima, estaba destinada a los peatones, así como a los numerosos espacios verdes que en ella abundaban y que servían de recreo y esparcimiento en aquel Nueva York de principios del siglo XXI, muchísimo mayor que su destruido antecesor.

Alvin salió del ascensor y después de caminar un par de docenas de pasos por el brillante corredor, se paró delante de una puerta que abrió por el sencillo procedimiento de enfocar una pequeña lamparita eléctrica sobre un circulito de vidrio en el que había una célula fotoeléctrica. La lamparita que llevaba Keats, del tamaño de un lápiz, emitía ondas luminosas de determinada frecuencia, a la cual estaba ajustada la célula que cerraba o abría la puerta del apartamento. Ninguna otra clase de lámpara hubiera sido capaz de abrirla. Se necesitarían unos cuantos kilos de la anticuada dinamita para demoler aquella mampara de dimagnesio, el metal más duro que se conocía y al mismo tiempo el más liviano.

En tanto que cruzaba su apartamento, Alvin se iba despojando de sus prendas de ropa que arrojaba por cualquier sitio, hasta llegar al cuarto de aseo en el que se dio una du-